

El principito



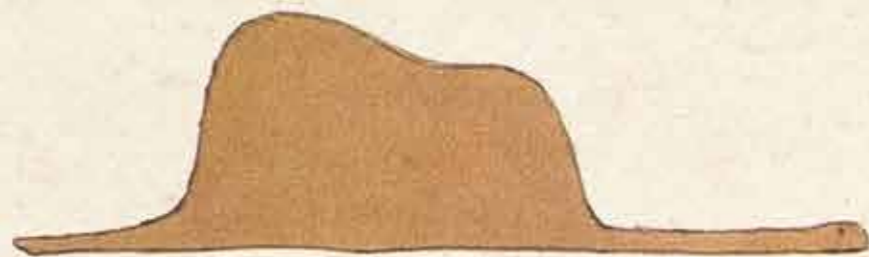
1

Una vez, cuando tenía seis años, vi una magnífica ilustración en un libro sobre la Selva Virgen que se llamaba «Historias vividas». Representaba a una serpiente boa tragándose a una fiera. Esta es la copia del dibujo.



En el libro decía: «Las boas se tragan su presa toda entera, sin masticarla. Después no se pueden mover y duermen durante los seis meses que dura su digestión».

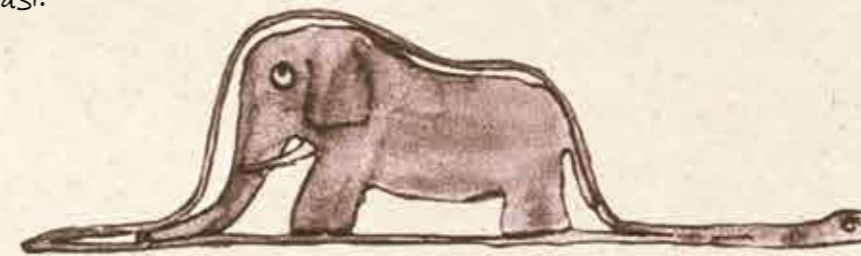
Entonces reflexioné mucho sobre las aventuras de la jungla y finalmente conseguí, con un lápiz de color, trazar mi primer dibujo. Mi dibujo número 1 era así:



Les mostré mi obra maestra a las personas grandes y les pregunté si mi dibujo les daba miedo.

Los grandes me contestaron: «¿Por qué tendría que darnos miedo un sombrero?».

Mi dibujo no representaba un sombrero. Representaba a una serpiente boa digiriendo a un elefante. Entonces dibujé el interior de la serpiente boa, para que las personas grandes pudiesen comprender. Los grandes siempre necesitan explicaciones. Mi dibujo número 2 era así:



Las personas grandes me aconsejaron que dejara de lado los dibujos de serpientes boas abiertas o cerradas, y me interesara más bien en la geografía, en la historia, en la aritmética y la gramática. Así fue como abandoné, a la edad de seis años, una magnífica carrera de pintor. Me había desalentado el fracaso de mi dibujo número 1 y mi dibujo número 2. Las personas grandes nunca entienden nada por sí mismas, y es cansador para los niños estar dándoles explicaciones todo el tiempo.

Por esa razón tuve que elegir otro oficio y aprendí a pilotear aviones. Volé un poco por todas partes del mundo. Y la geografía, en eso tenían razón, me sirvió de mucho. Yo sabía diferenciar, al primer vistazo, la China de Arizona. Eso es muy útil cuando uno se pierde de noche.

También tuve, a lo largo de mi vida, montones de relaciones con montones de gente seria. Viví mucho en casa de personas grandes. Los vi muy de cerca. Eso no mejoró demasiado mi opinión.

Cuando encontraba a una persona que me parecía un poco lúcida, hacía la prueba de mi dibujo número 1, que siempre conservé. Quería saber si era una persona verdaderamente comprensiva. Pero siempre me respondían: «Es un sombrero». Entonces no les hablaba ni de serpientes boas, ni de selvas vírgenes, ni de estrellas. Me ponía a su altura. Les hablaba de bridge, de golf, de política y de corbatas. Y la persona grande estaba muy contenta de conocer a un hombre tan razonable.

Así viví, solo, sin nadie con quien hablar de verdad, hasta que tuve un desperfecto en el Desierto del Sahara, hace seis años. Algo se había roto en el motor. Y como no tenía conmigo ni mecánico ni pasajeros, me dispuse a tratar de reparar, yo solo, un desperfecto complicado. Para mí era una cuestión de vida o muerte. Apenas si tenía agua para beber ocho días.

La primera noche me dormí sobre la arena, a mil millas de toda tierra habitada. Estaba mucho más aislado que un naufrago sobre una balsa en la mitad del océano. Imagínense entonces mi sorpresa cuando, al comenzar el día, me despertó una vocecita rara. Decía así:

—Por favor... ¡dibújame un cordero!

—¿Qué?

—Dibújame un cordero...

Me paré de un salto como si me hubiera alcanzado un rayo. Me froté bien los ojos. Miré bien. Y vi a un hombrecito absolutamente extraordinario que me examinaba con seriedad.



Este es el mejor retrato
que, más tarde, pude hacer de él.

Pero mi dibujo, con seguridad, es menos encantador que el modelo. No es culpa mía. A la edad de seis años las personas grandes me habían desalentado en mi carrera de pintor y no aprendí a dibujar nada, excepto las boas cerradas y las boas abiertas.



Me quedé mirando esta aparición con los ojos redondos de asombro. No se olviden que estaba a mil millas de toda región habitada. Por otra parte mi buen hombrecito no me parecía ni extraviado, ni muerto de cansancio, ni muerto de hambre, ni muerto de sed, ni muerto de miedo. No tenía en absoluto el aspecto de un niño perdido en la mitad del desierto, a mil millas de toda región habitada. Cuando por fin conseguí hablarle, le dije:

—Pero... ¿qué estás haciendo aquí?

Y él me repitió entonces, suavemente, como cosa muy seria:

—Por favor... dibújame un cordero.

Cuando el misterio es demasiado impresionante, uno no se atreve a desobedecer. Por absurdo que me pareciera, a mil millas de todos los lugares habitados y en peligro de muerte, saqué de mi bolsillo una hoja de papel y una lapicera. Pero entonces me acordé de que yo había estudiado sobre todo geografía, historia, aritmética y gramática y le dije al buen hombrecito (con un poco de mal humor) que no sabía dibujar. Me contestó:

—Eso no tiene importancia. Dibújame un cordero.

Como yo no había dibujado jamás un cordero, volví a trazar para él uno de los dos únicos dibujos que era capaz de hacer. El de la boa cerrada. Y me quedé estupefacto al escuchar que el hombrecito me respondía:

—¡No! ¡No! No quiero un elefante dentro de una boa. Una boa es muy peligrosa y un elefante es muy molesto. Donde yo vivo, todo es pequeño. Necesito un cordero. Dibújame un cordero.

Entonces dibujé.

Miró atentamente y siguió diciendo:

—¡No! Ese cordero está muy enfermo. Dibuja otro.

Dibujé:



Mi amigo sonrió amablemente, con indulgencia:

—Ya ves... no es un cordero, es un carnero. Tiene cuernos...

Rehice mi dibujo una vez más:



Pero fue rechazado como los anteriores:

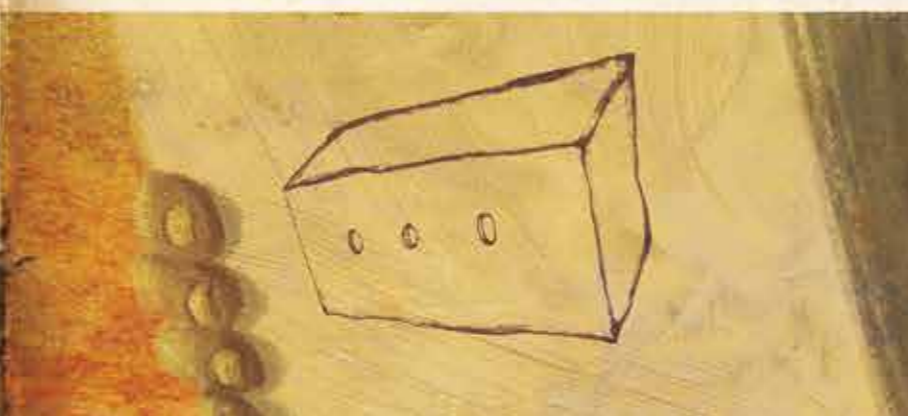
—Ese es demasiado viejo. Quiero un cordero que viva mucho tiempo.

Entonces, impaciente porque estaba apurado por comenzar a desarmar mi motor, le hice este dibujo:



Y le dije, apurado:

—Esta es la caja. El cordero que quieres está adentro.



Se imaginan lo intrigado que estaba yo por esa semiconfidencia sobre «los otros planetas». Me esforcé, pues, por saber más sobre el tema.

—¿De dónde vienes, hombrecito? ¿Dónde queda el lugar dónde vives? ¿Adónde quieres llevarte mi cordero?

Me contestó después de un silencio meditativo:

—Lo mejor de la caja que me diste es que, a la noche, le servirá de casa.

—Seguro. Y si te portas bien, te daré también una cuerda para atarlo durante el día. Y una estaca.

La propuesta pareció chocarle al principito.

—¿Atarlo? ¡Qué idea tan rara!

—Pero si no lo atas, se irá por cualquier parte y se perderá...

Y mi amigo volvió a estallar en una carcajada:

—¡Pero adónde quieres que vaya!

—A cualquier parte. Derecho para adelante...

Entonces el principito comentó gravemente:

—No pasaría nada, ¡es tan pequeño donde yo vivo!

Y, tal vez con un poco de melancolía, agregó:

—Derecho para adelante no se puede ir muy lejos...





Y un día me aconsejó que me esforzara por conseguir un buen dibujo, para hacer entrar el problema en la cabeza de los niños de mi mundo. «Si viajan algún día, me decía, les podrá servir. A veces no hay problema en dejar un trabajo para más tarde. Pero, si se trata de baobabs, es siempre una catástrofe. Yo conocí un planeta habitado por una persona perezosa. Descuidó tres arbustos...».

Y, bajo las indicaciones del principito, dibujé este planeta que ven aquí. No quisiera por nada adoptar un tono moralista. Pero el peligro de los baobabs es tan poco conocido, y los riesgos que corre alguien que se extravié en un asteroide son tan considerables, que, por una vez, hice excepción a mi reserva. Digo: «¡Niños! ¡Cuidado con los baobabs!».

Si trabajé tanto en este dibujo, es para advertir a mis amigos de un peligro al que han estado expuestos desde hace mucho tiempo, como yo mismo, sin conocerlo. La lección que estoy dando vale la pena. Ustedes se preguntarán quizás: ¿por qué no hay en este libro otros dibujos tan grandiosos como el dibujo de los baobabs? La respuesta es muy simple: lo intenté pero nunca lo conseguí. Cuando dibujé los baobabs me sentía impulsado por una sensación de urgencia.

¡Ah, principito!, comprendí poco a poco tu pequeña vida melancólica. Durante mucho tiempo no tuviste otra distracción que la dulzura de las puestas de sol. Me di cuenta de ese nuevo detalle el cuarto día a la mañana, cuando me dijiste:

—Me gustan mucho las puestas del sol. Vamos a ver una puesta del sol...

—Pero hay que esperar...

—¿Esperar qué?

—Esperar a que el sol se ponga.

Primero pareciste sorprendido y después te reíste de ti mismo. Y me dijiste:

—¡Siempre pienso que estoy en mi casa!

En efecto. Cuando es mediodía en los Estados Unidos, el sol, todo el mundo lo sabe, se pone en Francia. Sería suficiente con ir a Francia en un minuto para asistir a una puesta de sol. Lamentablemente Francia está demasiado lejos. Pero en tu planeta tan pequeño, te alcanzaba arrastrar tu silla unos pasos. Y contemplabas el crepúsculo cada vez que querías.

—Un día, vi ponerse el sol cuarenta y tres veces.

Y un poco más tarde agregaste:

—Sabes... cuando uno está tan triste, le gustan las puestas de sol...

—El día de las cuarenta y tres veces, ¿estabas, pues, tan triste?

Pero el principito no contestó.



El principito estaba en la región de los asteroides 325, 326, 327, 328, 329 y 330. Comenzó, entonces, por visitarlos para buscar allí una ocupación y para instruirse.

El primero estaba habitado por un rey. El rey, vestido de púrpura y armiño, se sentaba sobre un trono muy simple y sin embargo majestuoso.

—¡Ah! He aquí un súbdito —gritó el rey cuando vio al principito.

Y el principito se preguntó:

«¿Cómo pudo reconocerme si nunca me había visto antes?».

No sabía que, para los reyes, el mundo está muy simplificado. Todos los hombres son súbditos.

—Acércate para que te vea mejor —le dijo el rey, que estaba muy orgulloso de ser rey para alguien.

El principito buscaba con los ojos donde sentarse, pero el planeta entero estaba ocupado por el magnífico manto de armiño. Entonces se quedó parado y, como estaba cansado, bostezó.

—Es contrario a la etiqueta bostezar en presencia de un rey —le dijo el monarca—. Te lo prohíbo.

—No puedo evitarlo —respondió el principito, muy confundido—. Hice un viaje largo y no he dormido.

—Entonces —le dijo el rey— te ordeno bostezar. No he visto bostezar a nadie desde hace años. Los bostezos son curiosidades para mí. ¡Vamos! Vuelve a bostezar. Es una orden.

—Eso me intimida... ya no puedo... —dijo el principito ruborizándose todo.

—¡Hum! ¡Hum! —respondió el rey—. Entonces yo... yo te ordeno que a veces bosteces y otras no...

Farfullaba un poco y parecía irritado. Porque lo esencial para el rey era que su autoridad fuera respetada. Y no toleraba la desobediencia. Era un monarca absoluto. Pero como era muy bueno, daba órdenes razonables.

«Si yo ordenara —solía decir—, si yo ordenara a un general transformarse en ave marina, y si el general no obedeciera, no sería culpa del general. Sería mi culpa».

—¿Puedo sentarme? —le preguntó tímidamente el principito.

—Te ordeno sentarte —le contestó el rey, retirando majestuosamente un faldón de su manto de armiño.



XIII

El cuarto planeta pertenecía a un hombre de negocios. Este hombre estaba tan ocupado que ni siquiera levantó la cabeza cuando llegó el principito.

—Buenos días —le dijo este—. Su cigarrillo está apagado.

—Tres y dos son cinco. Cinco y siete, doce. Doce y tres, quince. Buenos días. Quince y siete, veintidós. Veintidós y seis veintiocho. No tengo tiempo de volver a encenderlo. Veintiséis y cinco, treinta y uno. ¡Uf! Entonces eso hace quinientos un millones seiscientos veintidós mil setecientos treinta y uno.

—¡Quinientos un millones de qué?

—¿Eh? ¿Sigues ahí? Quinientos un millones de... ya no sé... ¡Tengo tanto trabajo! ¡Yo soy una persona seria, no me divierto con tonterías! Dos y cinco siete...

—Quinientos un millones de qué —repitió el principito que jamás en su vida había renunciado a una pregunta, una vez que la había formulado.

El hombre de negocios levantó la cabeza:

—Habitó en este planeta desde hace cincuenta y cuatro años y no me han molestado más que tres veces. La primera vez fue hace veintidós años, por la caída de un meteorito que Dios sabrá de dónde salió. Provocó un ruido espantoso y me hizo cometer cuatro errores en una suma. La segunda vez fue hace once años, por una crisis de reumatismo. Me hace falta ejercicio. No tengo tiempo para moverme. Yo soy una persona seria. La tercera vez... ¡es esta! Decía entonces quinientos un millones...

—¿Millones de qué?

El hombre de negocios comprendió que no había esperanza de paz:

—Millones de esas cositas que se ven a veces en el cielo.

—¿Moscas?

—Pero no, cositas que brillan.

—¿Abejas?

—Pero no. Cositas doradas que hacen pensar en tonterías a los perezosos. ¡Pero yo soy una persona seria! No tengo tiempo de pensar en tonterías.

—¡Ah! ¿Las estrellas?

—Eso es. Las estrellas.

—¿Y qué haces con quinientos millones de estrellas?



XIV

El quinto planeta era muy curioso. Era el más pequeño de todos. Apenas tenía lugar para alojar un farol y al señor que se encargaba de encenderlo. El principito no alcanzaba a explicarse para qué podían servir en un lugar cualquiera del cielo, en un planeta sin casa ni población, un farol y un farolero. Sin embargo se dijo a sí mismo:

«Quizás este hombre es absurdo. Sin embargo es menos absurdo que el rey, que el vanidoso, que el hombre de negocios y que el bebedor. Por lo menos su trabajo tiene sentido. Cuando enciende su farol, es como si hiciera nacer una estrella más, o una flor. Cuando apaga su farol, eso hace que la flor o la estrella se duerman. Es una ocupación muy linda. Es verdaderamente útil porque es linda».

En cuanto abordó el planeta, saludó respetuosamente al farolero:

—Buenos días. ¿Por qué acabas de apagar tu farol?

—Es la consigna —contestó el farolero—. Buenos días.

—¿Qué es la consigna?

—Que apague mi farol. Buenas noches.

Y volvió a encenderlo.

—¿Pero por qué acabas de encenderlo?

—Es la consigna —contestó el farolero.

—No entiendo —dijo el principito.

—No hay nada que entender —dijo el farolero—. La consigna es la consigna. Buenos días.

Y apagó su farol.

Después se enjugó la frente con un pañuelo de cuadrados rojos.

—Mi oficio es terrible. Era razonable en otras épocas. Apagaba el farol a la mañana y lo encendía a la noche. Tenía el resto del día para descansar y el resto de la noche para dormir...

—¿Y desde aquella época la consigna cambió?

—La consigna no cambió —dijo el farolero—. ¡Ese es el drama! ¡El planeta gira cada año más y más rápido y la consigna no ha cambiado!



El séptimo planeta fue, entonces, la Tierra.

¡La Tierra no es un planeta cualquiera! Se cuentan allí ciento once reyes (sin olvidarse, por supuesto, de los reyes negros), siete mil geógrafos, novecientos mil hombres de negocios, siete millones y medio de borrachos, trescientos once millones de vanidosos, es decir alrededor de dos mil millones de personas grandes¹.

Para darles una idea de las dimensiones de la Tierra, les diré que antes de que se inventara la electricidad había que mantener, en el conjunto de los seis continentes, un verdadero ejército de cuatrocientos sesenta y dos mil quinientos once faroleros.

Visto desde cierta distancia, eso provoca un efecto espléndido. ¡Los movimientos de ese ejército estaban reglamentados como los de un ballet de ópera! Primero venía el turno de los faroleros de Nueva Zelanda y Australia. Una vez que habían encendido sus lámparas, se iban a dormir. A continuación entraban en la danza, a su turno, los faroleros de China y de Siberia. Después se escabullían también entre bastidores. A continuación venía el turno de los faroleros de Rusia y de la India. Después los de África y Europa. Después los de América del Sur. Después los de América del Norte. Y jamás se equivocaban en el orden de entrada a escena. Era grandioso.

Solamente el único farolero del polo Norte y su colega del único farol del polo Sur podían llevar una vida despreocupada y ociosa: trabajaban nada más que dos veces por año.

1. Nota de la traductora: desde la última visita del principito a la Tierra, la población creció muchísimo. Ya somos más de siete mil millones de seres humanos y por lo tanto mucho más de dos millones de personas grandes.



Cuando uno quiere mostrarse ingenioso, a veces miente un poco. No fue muy honesto hablándoles de los faroleros. Corro el riesgo de darles una falsa idea de nuestro planeta a quienes no lo conocen. Los hombres ocupan muy poco lugar sobre la Tierra. Si los dos mil millones de habitantes que pueblan la Tierra estuvieran parados y un poco apretados, como en una manifestación política, podrían ubicarse fácilmente en una plaza pública de treinta kilómetros de largo por treinta kilómetros de ancho. Se podría amontonar la humanidad entera sobre el islote más pequeño del Pacífico.

Las personas grandes, por supuesto, no les creerán. Se imaginan que ocupan mucho lugar. Se consideran tan importantes como si fueran baobabs. Aconséjenles, entonces, que hagan el cálculo. Adoran las cifras: eso les gustará. Pero no pierdan tiempo en esa penitencia. Es inútil. Tengan confianza en mí.

El principito, una vez en tierra, se sorprendió mucho de no ver a nadie. Ya tenía miedo de haberse equivocado de planeta cuando un anillo color de luna se revolvió en la arena.

—Buenas noches —dijo el principito al azar.

—Buenas noches —dijo la serpiente.

—¿Sobre qué planeta he caído? —preguntó el principito.

—Sobre la Tierra, en África —contestó la serpiente.

—¡Ah!... ¡Entonces no hay nadie en la Tierra?

—Este es el desierto. En los desiertos no hay nadie. La Tierra es grande —dijo la serpiente.

El principito se sentó sobre una piedra y levantó los ojos al cielo:

—Me pregunto —dijo— si las estrellas están iluminadas para que algún día cada uno pueda volver a encontrar la suya. Mira mi planeta. Está justo sobre nosotros... ¡Pero qué lejos!

—Es bello —dijo la serpiente—. ¿Qué vienes a hacer aquí?

—Tengo problemas con una flor —dijo el principito.

—¡Ah! —dijo la serpiente.

Y se quedaron callados.



XIX

El principito trepó una alta montaña. Las únicas montañas que había conocido jamás eran los tres volcanes que le llegaban hasta la rodilla. Al volcán apagado lo usaba de banquito. «Desde una montaña alta como esta», se dijo, «podré ver de un solo vistazo todo el planeta y todos los hombres». Pero no vio más que agujas de roca bien afiladas.

—Buenos días —dijo al azar.

—Buenos días... buenos días... buenos días... —le respondió el eco.

—¿Quién eres? —dijo el principito.

—Quién eres... quién eres... quién eres... —respondió el eco.

—Háganse amigos míos, estoy solo —dijo el principito.

—Estoy solo... estoy solo... estoy solo... —respondió el eco.

«Qué planeta raro», pensó el principito. «Es todo seco, todo puntiagudo y todo salado. Y los hombres no tienen imaginación. Repiten lo que se les dice. En mi planeta tenía una flor: siempre era ella la que hablaba primero...».



Pero sucedió que el principito, después de caminar largo tiempo a través de las arenas, las rocas y las nubes, descubrió al fin una ruta. Y las rutas van todas a donde están los hombres.

—Buenos días —dijo.

Era un jardín florecido de rosas.

—Buenos días —dijeron la rosas.

El principito las miró. Todas le recordaban a su flor.

—¿Quiénes son ustedes? —les preguntó, estupefacto.

—Somos rosas —dijeron las rosas.

—¡Ah! —dijo el principito...

Y se sintió muy desdichado. Su flor le había contado que ella era la única de su especie en todo el universo. ¡Y hete aquí que había cinco mil, todas parecidas, en un solo jardín!

«Se sentiría muy ofendida, —se dijo—, si viera esto... Tosería muchísimo y pondría cara de estar muriéndose para escapar al ridículo. Y yo estaría obligado a fingir que la cuido, porque si no, para humillarme también a mí, se dejaría morir de verdad...».

Después se dijo:

«Me creía rico con mi flor única y solo poseía una rosa vulgar. Con mi rosa y mis tres volcanes que me llegan hasta la rodilla, uno de los cuales está extinguido quizás para siempre, no soy exactamente un gran príncipe...». Y, acostado sobre el césped, lloró.



En ese momento apareció el zorro.
 —Buenos días —dijo el zorro.
 —Buenos días —contestó cortésmente el principito, que se dio vuelta pero no vio nada.

—Estoy acá —dijo la voz—. Bajo el manzano...
 —¿Quién eres? —dijo el principito—. Eres muy lindo...
 —Soy un zorro —dijo el zorro.
 —Ven a jugar conmigo —le propuso el principito—. Estoy tan triste...
 —No puedo jugar contigo —dijo el zorro—. No estoy domesticado.
 —¡Ah!, perdón —dijo el principito.
 Pero, después de pensarlo un poco, agregó:
 —¿Qué quiere decir «domesticar»?
 —Tú no eres de aquí —dijo el zorro—. ¿Qué buscas?
 —Busco a los hombres —dijo el principito—. ¿Qué quiere decir «domesticar»?
 —Los hombres —dijo el zorro— tienen fusiles y nos cazan. ¡Es muy molesto! También crían gallinas. Es lo único que les interesa. ¿Buscas gallinas?
 —No, dijo el principito. Busco amigos. ¿Qué quiere decir «domesticar»?
 —Es algo demasiado olvidado —dijo el zorro—. Significa «crear lazos...».
 —¿Crear lazos?
 —Por supuesto —dijo el zorro—. Tú no eres para mí, todavía, más que un muchachito totalmente parecido a cien mil muchachitos. No te necesito. Y tú tampoco me necesitas. No soy para ti más que un zorro parecido a cien mil zorros. Pero si me domesticas, tendremos necesidad uno del otro. Serás único en el mundo para mí. Seré único en el mundo para ti...
 —Empiezo a entender —dijo el principito—. Hay una flor... creo que me ha domesticado...
 —Es posible —dijo el zorro—. Se ven toda clase de cosas sobre la Tierra.
 —¡Oh! No es en la Tierra —dijo el principito.
 El zorro parecía muy intrigado.
 —¿En otro planeta?
 —Sí.
 —¿Hay cazadores en ese planeta?
 —No.
 —Eso es interesante. ¿Y gallinas?
 —No.
 —Nada es perfecto —suspiró el zorro.



—**B**uenos días —dijo el principito.
—Buenos días —dijo el comerciante.
Era un comerciante de píldoras perfeccionadas que calman la sed.
Se traga una por semana y no se siente más necesidad de beber.
—¿Por qué vendes eso? —preguntó el principito.
—Es una gran economía de tiempo —dijo el comerciante—. Los expertos hicieron cálculos. Se ahorran cincuenta y tres minutos por semana.
—¿Y qué se hace con esos cincuenta y tres minutos?
—Se hace lo que uno quiere.
«Yo —se dijo el principito— si tuviera cincuenta y tres minutos para gastar, caminaría sin apuro hacia una fuente...».



Pero él me dijo:

—Esta noche va a hacer un año. Mi estrella se encontrará justo por encima del lugar donde caí el año pasado...

—Buen hombrecito, ¿no es cierto que es solo un mal sueño esta historia de la serpiente y de la cita y de la estrella...?

Pero no contestó a mi pregunta. Me dijo:

—Lo importante es lo que no se ve...

—Por supuesto...

—Con la flor pasa lo mismo. Si amas a una flor que se encuentra en una estrella, es lindo, a la noche, mirar el cielo. Todas las estrellas están florecidas.

—Por supuesto...

—Con el agua pasa lo mismo. La que me diste a beber era como una música, a causa de la roldana y de la sogá... ¿recuerdas?... Estaba rica.

—Por supuesto...

—A la noche mirarás las estrellas. La mía es demasiado pequeña para que pueda mostrártela. Es mejor así. Mi estrella será para ti una de las estrellas. Entonces te gustará mirar todas las estrellas... Todas serán amigas tuyas. Y además, voy a hacerte un regalo...

Y volvió a reír.

—¡Ah! Buen hombrecito, buen hombrecito, ¡cómo me gusta escuchar esa risa!

—Justamente ese será mi regalo... será como con el agua...

—¿Qué quieres decir?

—Las personas tienen estrellas que no son las mismas. Para los que viajan, las estrellas son sus guías. Para los otros, no son más que lucecitas. Para los sabios, son problemas. Para mi hombre de negocios eran de oro. Pero todas esas estrellas son silenciosas. Tú tendrás estrellas como nadie más en el mundo...

—¿Qué quieres decir?

